

1028080911

EL GENERAL JESÚS GONZÁLEZ ORTEGA  
EN LA HISTORIA

No PRETENDO ESCRIBIR la biografía de este personaje, porque para ello necesitaría emplear mucho tiempo, a efecto de consultar archivos correspondientes a su actuación política y militar, y además enterarme de lo que ya se ha escrito sobre él. Esta tarea no me es posible realizarla.

A falta de algo que pudiera ser una obra de alguna importancia histórica, me propongo (escribir, con especialidad sobre la rendición de Puebla, efectuada por el general González Ortega, en su carácter de general en Jefe del Cuerpo de Ejército que la defendía contra el sitiador, general Elías Federico Forey, comandante de las tropas francesas.)

Tengo la convicción de que se trata de un hecho, que aun cuando raro en la historia universal, y altamente honroso para México, no es lo suficientemente conocido en sus detalles.

Considero, en consecuencia, hacer una labor de divulgación con este relato, que (alguna utilidad puede prestar, especialmente a la juventud, que es la que debe responder con su vigor, a conservar la realidad de una patria integrada y regida por mexicanos, sin más influencias que los ejemplos gloriosos de nuestros antepasados.

Si financieramente la rendición de Puebla el 17 de mayo de 1863, por el general Jesús González Ortega, al general Forey, Jefe del ejército francés constituyó una pérdida económica enorme dada la precaria situación del erario Federal, en cambio la heroica decisión de entregarse prisioneros, después de inutilizar todas las armas, compensaba con creces el sacrificio.

Si grande fue la pérdida sufrida por la República, al destruirse más de 20 mil fusiles, 50 cañones y la impedimenta, ¡qué puede decirse del rasgo inusitado de entregarse prisioneros, sin condiciones, el general en Jefe, todos los demás generales, Jefes y oficiales, así como los soldados! Sus vidas quedaban a merced del invasor, o cuando bien les fuera, era de esperar largo cautiverio fuera de la Patria.

Pero fue tan grande, tan extraordinaria aquella acción, que el general Forey, olvidando los estragos que aquellos valientes habían ocasionado a su ejército, sentía deseos de convivir con ellos, al grado de hacer demostraciones personales tratando de atraerse cuando menos su buena voluntad. Mayor fue su admiración cuando todos rehusaron recibir atenciones, que la dignidad personal y de militares no lo permitían.

Al conocerse en el país los pormenores de esta hazaña, la reacción del pueblo fue de orgullo. Si en la victoria del 5 de mayo del año anterior el entusiasmo no tuvo límites, en este otro caso, ahora adverso, la solidaridad fue completa, signo inequívoco de que la talla de los mexicanos patriotas podía medirse airosamente con quienes trataban de mancillar nuestra calidad de mexicanos dignos de una Patria libre.

Ante los hechos consumados, y tranquilo el Gobierno mexicano por haber hecho cuanto era posible hacer en ayuda de los sitiados, se aceptó con resignación el alto precio pagado en defensa de la dignidad de la Nación. Y al mismo tiempo se tuvo en cuenta la resistencia, hasta el último momento, de las fuerzas, que a las órdenes de González Ortega ofrecieron un espectáculo ejemplar al mundo entero. Niguna ayuda podía esperarse después de la derrota sufrida por el general Ignacio Comonfort, cuando trató, en arriesgada acción, introducir a la plaza sitiada los elementos necesarios para la defensa.

Todas las circunstancias que privaron en los sucesos fueron analizadas por Juárez y sus Ministros y las conclusiones pueden apreciarse por las siguientes menciones:

El Gobierno Presidido por Juárez envía al general Jesús González Ortega un mensaje declarando la defensa y rendición de Puebla en grado heroico. Por su parte el Congreso de la Unión aprueba una resolución, que se publica en El Diario Oficial, concebida en los siguientes términos:

“El Congreso General ha decretado que los documentos relativos a la rendición de Puebla, se coloquen en el salón de sesiones, y que los dignos defensores de aquella plaza reciban un distintivo que acordará el Gobierno.

“Al expedir este decreto el Cuerpo Legislativo, no hace sino servir de órgano a los sentimientos de admiración y gratitud que la República consagra a sus heroicos defensores en la ciudad de Zaragoza.

“El desenlace que ha tenido el sitio de aquella plaza, corona dignamente

las hazañas con que se han ilustrado sus defensores. Por grandes que fuesen su patriotismo y su ardimiento, no podía esperarse de ellos la prolongación de la lucha después de agotadas las municiones y los víveres. Llevábamos algunos días de prever que el Ejército de Oriente sucumbiría, pero con honor y con gloria, y sin permitir que cayese la menor mancha sobre los timbres que ha conquistado en los dos meses últimos. Aquel denodado ejército comprendió bien que la impotencia para seguir luchando puede tomar ante el enemigo una actitud noble e imponente. Estamos seguros de que en el mismo ejército invasor ha de haber hecho profunda mella el espectáculo de ese ejército que desapareció en los momentos de faltarles los medios de combatir; y de ese cuadro de jefes y oficiales, que olvidados de sus propias personas rehúsan cuantas condiciones les propone el enemigo, y sigue siendo ante él un emblema vivo de la Nación que desafía el poder de la Francia, y protesta luchar en favor de su independencia, mientras haya un brazo y un fusil que oponer a la invasión.

“El alto ejemplo que el Ejército de Oriente ha dado a los mexicanos durante el sitio de Puebla, no termina, sino que se presenta bajo otra forma en la rendición de la ciudad. Los Jefes que la defendían han probado una vez más que son invencibles los buenos patricios cuando anteponen a todo poder humano el honor individual y la independencia de su patria.”

Este hermoso decreto, hecho en los momentos dolorosos, no precisamente de la derrota, sino de la catástrofe, significa la disposición de un pueblo dispuesto a luchar en defensa de las instituciones legalmente establecidas. Para el debido conocimiento de los hechos, con la mayor diligencia fue enviado a las autoridades legítimas del país, tomada cuenta de que, por la falta de medios rápidos de comunicación, las noticias llegaban de los lugares lejanos a los veinte y hasta treinta días después. La forma más rápida era la del caballo, expuesto a toda clase de contingencias.

He copiado el decreto en toda su extensión, considerando que es la forma más precisa e ilustrativa para formar un criterio bien orientado sobre los acontecimientos. Para tal fin he dispuesto de la obra *Los Presidentes de México ante la Nación*.

Comoquiera que, en este acontecer de la vida de México existen documentos de excepcional valor histórico, seguiré esta línea de conducta, tratándose como en este caso de libros, periódicos y folletos de seriedad insospechable.

No se pueden pasar por alto los comentarios de los periódicos de la época, en relación a la rendición de Puebla. Ello nos coloca en el momento pre-

ciso de los acontecimientos, con las emociones que tal suceso causó. Vamos a insertar algunas de las versiones publicadas.

Pero antes, como antecedentes es del caso mencionar que Forey, impresionado por la actitud de González Ortega lo invitó a sentarse en su mesa, “lo que fue cortesmente rehusado por el glorioso jefe mexicano”. Después a solicitud del propio general Forey, le fueron presentados los demás generales prisioneros, y ante ellos, les manifestó: “que la plaza había sido una cosa nueva y extraordinaria que no se registraba en los anales de la guerra europea, porque ni había sido una rendición previas las garantías que se solicitan en esa clase de actos, ni tampoco una capitulación, y que, por lo mismo, no hallaba que nombre darle; que juzgaba que habían sido rotas las armas por no entregarlas al ejército francés, no obstante de ser éste muy digno de recibirlas de los defensores de la plaza de Puebla; pero que esto no quitaba que aquel acto fuese altamente honroso para México”.

El acto de la destrucción del armamento, en sí mismo tiene un valor excepcional. En primer lugar se evitó que el invasor acrecentara su poderío bélico con el armamento, y en segundo lugar el hecho adquiere relevancia especial por cuanto a que, los vencidos, se exponían a ser tratados con rigor, como sucedió pasados los primeros días en que Forey pretendió captarse las simpatías de los generales prisioneros, y posiblemente hasta pensó en atraerlos a su causa o cuando menos lograr su neutralidad en la lucha.

Pero la dignidad de los prisioneros los mantuvo lejos de todo compromiso. De esa manera estaban en su derecho de escaparse cuando pudieran, como efectivamente sucedió. Por otra parte su actitud sirvió de ejemplo a más de cinco mil oficiales prisioneros, quienes lograron también evadirse en su mayoría incorporándose de nueva cuenta al ejército Republicano.

Los elogios de esta hazaña no tan sólo procedieron de parte interesada; pues mereció el respeto de prominentes imperialistas. Uno de ellos, el escritor Francisco Arrangoiz, se expresó así:

“Sesenta y dos días se defendió Puebla, plaza sin murallas, con fosos poco profundos y no por todos lados. Al ver que Strasburgo y Metz, dos de las más fuertes de Europa, se rindieron a los treinta y ocho días la primera y a los setenta y dos la segunda, y que en Metz era casi igual la fuerza sitiada a la sitiadora, debe considerarse como de los más bizarros y más notables hechos militares de nuestros días la defensa de Puebla, en la cual un general improvisado, pues no era su carrera la militar, les dio un ejemplo, que no han imitado, a los generales Ulric, Bazaine y otros que han mandado plazas fuertes en la guerra franco-prusiana, destruyendo e inutilizando González Ortega, antes de rendirse, cuantas armas portátiles y cuantos cañones pudo.”

Lástima que esa admiración a una proeza de fuerzas mexicanas, destinadas a mantener la independencia, no se hubiese traducido en una vuelta al honor

de los elementos adictos a la invasión francesa. En contrario, parecía que deseaban emular a González Ortega; pero sacrificando a los patriotas para ayudar a los extranjeros.

Como digno antecedente de las opiniones vertidas en el caso, la voz del Gobierno había abierto la brecha diciendo, por conducto del Ministerio de la Guerra que:

“Aunque el Supremo Gobierno aún no tiene todos los datos suficientes para formar juicio exacto, con relación a lo acaecido en la inmortal Zaragoza la mañana del 18 del corriente, no puede poner en duda que carece ya de uno de los más robustos apoyos con que contaba para defender los derechos inalienables de la Nación.

“El Ejército de Oriente sólo existe para recordar a los mexicanos sus deberes, a Napoleón III la iniquidad de sus proyectos, y al mundo, que también encuentra héroes la causa de la libertad en la tierra de los aztecas. Pero su fuerza física, su armamento todo, y demás elementos de guerra, acabaron ya por consecuencia de sucesos que, aunque previstos, no fue posible evitar.

“Así me manda el C. Presidente lo ponga en conocimiento de Ud., para que se apresure a comunicarlo a los pueblos de su digno mando, a fin de que no tomen en otro diverso sentido, especies que se hagan circular, con motivo de aquel, bien lamentable en verdad, pero siempre heroico y glorioso suceso.

“Por los informes que hasta ahora tiene el Supremo Gobierno, sabe que los buenos defensores de Zaragoza jamás llegaron a ser vencidos por sus enemigos, y antes que comprometer su palabra en capitulaciones poco convenientes o que en algo rebajaran el nombre que con su sangre habían conquistado, prefirieron romper sus armas, inutilizar su artillería y entregarse así a sus contrarios indefensos y desarmados.

“Cree el Gobierno que no pudieron hacer más, y de esta manera ha desaparecido aquel Cuerpo de Ejército, sellando con ese hecho una solemne protesta de la resolución y firme voluntad del pueblo mexicano, de continuar sin tregua la injusta guerra que sin motivo alguno se le ha traído para arrebatarse la autonomía que le pertenece como pueblo libre e independiente.”

Esta declaración fue enviada a los Gobernadores de los Estados. La impresión causada fue, a la par que de dolor, de aliento. Dolor por la pérdida sufrida del armamento y de aliento por el espíritu de aquel mensaje tan lleno de emotividad como de fe en el futuro.

Los acontecimientos que siguieron justificaron aquella confianza en el porvenir de la Patria, fincado en la libertad y la independencia.

Siguiendo la norma fijada queda algo más que decir sobre lo acontecido después de la rendición de Puebla. Un suceso así tenía que despertar el interés general, tanto de los mexicanos leales a su bandera como de los que, a pesar de haber nacido aquí la pisoteaban, por un resentimiento proveniente de la derrota que habían sufrido. No tuvieron los conservadores la entereza suficiente para conformarse con la voluntad del pueblo, que en forma patética los había repudiado.

Iniciaban ahora una cruel, despiadada y vergonzosa venganza. Haciendo causa común con los invasores trataban de entregar a Francia, personificada entonces por Napoleón III, el pequeño, a la Nación Mexicana.

Veamos algo de lo que fue pasando después del glorioso desastre. El periódico *El Monitor* de la Capital, publicó la siguiente información:

“Por conductos fidedignos, sabemos que Forey determinó establecer un Ayuntamiento a su modo en aquella ciudad; y que un tal Pardo, vecino de Puebla, quedaba nombrado —no de Prefecto como había querido— sino de agente subalterno o comisionado de policía de Forey, para darle cuenta de todo.

“Con profundísimo sentimiento hemos sabido que el Sr. González Ortega y otros Generales, salieron por fin, en diligencia, de Puebla, rumbo a Veracruz; para lo cual Forey, creyendo sin duda deslumbrar al País con su esplendidez, mandó suministrar a cada General 21 pesos, que rehusaron dignamente nuestros valientes.

“A los oficiales se les ministraron tres pesos, que también rehusaron.

“Los oficiales, al ser sacados de Puebla, emprendieron la marcha vitoreando la Independencia y la libertad y cantando el himno nacional, pero los Franceses los hicieron callar.

“Se confirma la noticia de que los traidores que entraron al principio a Puebla, comenzaron a ejercer sus venganzas de costumbre, pero los zuavos se los impidieron y los hicieron salir de la población.

“El traidor Almonte hace un papel muy ridículo y desairado, y se pasea triste y cabizbajo por las calles de Puebla.

“D. Antonio Haro y Tamariz está también en Puebla, pero se mantiene retirado de Almonte y de Forey, con quienes dice no estar ya de acuerdo.”

El comentario coloca a los mexicanos que propiciaron la intervención francesa, en la condición que les corresponde. Siento tanto horror por el calificativo “traidores” que no me atrevo a escribirlo por mi cuenta, aun cuando considero que lo merecen quienes hacen causa común con los extranjeros que, con o sin razón, hacen la guerra a la Nación.

Otra información del periódico *El Siglo*, del 25 del mismo mes de mayo habla de la llegada de algunos jefes y generales que lograron evadirse. Dice la nota:

“Ahora que han llegado a esta ciudad algunos de los Generales y jefes del Ejército de Oriente, que más se han distinguido en la defensa de Puebla, nos parece conveniente que el Ministerio de la Guerra procurara completar la historia de las operaciones militares, pues como recordarán nuestros lectores, durante muchos días faltaron noticias en México de lo que pasaba dentro de la plaza asediada, y desde que avanzó el Ejército del Centro el día 5, no se volvió a saber absolutamente nada.

“Seguros estamos de que en todos los hechos que hayan ocurrido, nada ha de haber que no sea glorioso para la República, y que el consentimiento de la verdad servirá para estimar mejor el heroísmo del Ejército de Oriente y para inflamar más el espíritu público con tan buenos ejemplos.

“Se dice que en los últimos asaltos, todos cumplieron con su deber, y que se distinguieron como siempre los Generales, de la Llave, Díaz Patoni, habiendo casi concluido las tropas de Durango que mandaba este último, y en las que hubo muchos episodios del más admirable valor.

“Del general Díaz se refiere que aparecía en todos los puntos de peligro animando a los soldados y conduciéndolos al combate.

“Nos parece, pues, necesario, que el país sepa hasta los menores incidentes, de la heroica defensa de la inmortal Zaragoza, ya que estos hechos forman un tesoro de gloria para la República.”

Puede calificarse esta nota de eufórica; sin embargo, si se analiza desde el punto de vista estratégico, el sitio de Puebla, se estará de acuerdo con tantos elogios. En realidad, los incidentes a que dio lugar el sitio y su desenlace, hacen de este hecho de armas un singular acontecimiento.

Tener el ejército francés un número mayor de tropas, disponer de mejor armamento y abundantes municiones, además de contar con el aprovisionamiento de víveres a discreción, a lo que es de agregar los contingentes de jefes, oficiales y soldados experimentados en las incidencias de la guerra, le daban al sitiador una enorme ventaja. Se aprecia ella tomando en cuenta la carencia de buenas armas y parques, la escasez de víveres, medicinas, médicos y equipos necesarios de hospitales. Si a esto se agrega la situación de los combatientes para moverse entre escombros, muertos y heridos, respirando un aire contaminado con las inmundicias acumuladas durante dos meses de continuos asaltos, rechazados siempre con supremo valor, entonces cabe pensar en que la euforia tiene sólida razón de existir, cuando todavía se estaban recibiendo noticias de aquella increíble hazaña.

En cuanto a los prisioneros que llegaban a México, formaron una gran cadena. Unos primeros y otros después fueron saliendo del cautiverio, y como buenos mexicanos, de temple de acero, volvieron a enrolarse en las fuerzas republicanas para seguir combatiendo para la salvación del país.

Al salir Juárez de México rumbo a San Luis Potosí las versiones más descabelladas principiaron a circular en la Capital de la República. Era tal la desorientación que tan aturdidos aparecían los liberales como los conservadores. Y tan de difícil apreciación es la medida adoptada por Juárez, que todavía a la distancia de un siglo hay quienes opinan que debió el Gobierno Republicano resistir, igualando o superando la acción combativa de González Ortega en Puebla.

Sobre todas las especulaciones que en la materia se han hecho, se imponen los hechos. Porque sobran argumentos de orden político y militar para acreditar la conveniencia de resistir, como también abundan las razones de todo orden para estar de acuerdo con la determinación de Juárez al abandonar el asiento lógico de los Poderes. Y puesto que no podemos combatir el orden de los acontecimientos, haremos referencia, sin más rodeos, a las repercusiones sobre la rendición de Puebla.

Aun tratándose de este hecho concreto hubo discrepancias, tanto en lo que se refiere a la posibilidad de romper el sitio cuanto a la intención de llevar refuerzos a los sitiados.

“No seremos nosotros, dice don Justo Sierra, quienes tratemos de paliar el error cometido por el Gobierno de Juárez al ordenar la introducción de convoy, operación imposible según el arte. ¿Y para qué era el convoy? Sólo para prolongar veinte días, a lo sumo, la resistencia de la ciudad.”

Las predicciones no siempre dan en el clavo. Y aquí se trata más bien de conjeturas de hechos consumados. Forey creyó al iniciar el sitio de Puebla que sería cuestión de diez días para posesionarse de la plaza, y sin embargo apenas si lo consiguió después de 62 días de constantes asaltos, que le costaron grandes pérdidas de hombres para al final conquistar ruinas y multitud de problemas.

Y sigue comentando el caso don Justo: “El Presidente había llegado al cuartel general del Ejército del Centro, con su Ministro de Guerra para sostener el acuerdo que empujó a Comonfort hacia el desastre. Ese ejército había permanecido en la inacción, clavado allí por la seguridad que tenía Comonfort de que Puebla no resistiría ni los ocho o diez días que le daba Loizillon, comenzó a moverse sólo para entregar sus miserables reclutas al cañón enemigo. El 7 de mayo pernoctó en San Lorenzo, y a la madrugada del día siguiente fue sorprendido... a pesar de eso, no se perdió todo el material, y se salvó parte de la tropa, por azares que impidieron el cumplimiento de órdenes inverosímilmente desatinadas del Cuartel Maestre, función encomendada a un viejo militar, el general D. José María Yáñez.”

En la guerra alguien gana y alguien pierde. No se puede pensar en los empates. Para Comonfort aquella derrota significaba un percance doloroso. Después de su desdichada repulsa a la Constitución, que él mismo había

jurado respetar y hacer respetar como Presidente de la República, después de su caída de este alto puesto, de su destierro y de la dura controversia con don Benito Juárez para cooperar nuevamente en la causa liberal, y lograr su objetivo mediante la ayuda decidida y decisiva de don Santiago Vidaurri, señor del poderío del noreste, tenía el propósito de actuar donde su capacidad le permitiera para realizar proezas de tal magnitud que por sí mismas lo reivindicaran ante la Nación.

Quiso el destino que en esa primera gran oportunidad se eclipsara su sol, al conseguir en lugar del triunfo una severa derrota.

La forma despectiva de mencionar a los soldados como "miserables reclutas" no corresponde a la realidad, porque eran de los mismos que habían triunfado en Puebla el 5 de mayo y en la de Calpulalpam. De acuerdo en ello está don Justo cuando dice: "Y esos ejércitos formaron al fin el que, adiestrado en la derrota, conquistó la victoria en las gloriosas etapas de Peñuelas y el Sur de Jalisco, de Silao a Guadalajara, de Guadalajara a Calpulalpam". (*Juárez: Su Obra y su Tiempo*).

Y con la elocuencia de una firme convicción que es pregón de entusiasmo, que brota sin limitaciones claudicantes, leemos:

"La fracción reformista sobrenadaba; era inexperta, bulliciosa, gritona, mascadora de clérigos, con la precisión con que el rey de los infiernos del Dante masca a Judas; en el fondo, resuelta a sacudir hasta en sus cimientos al mundo añejo, a arrancar el árbol de la tradición, a hacerlo arder como leña vieja; en el fondo, dispuesta al sacrificio por las ideas, capaz de morir como Leandro Valle, de pelear como Porfirio Díaz, de hablar como Altamirano, de pensar como Ramírez, de cantar como Prieto, de triunfar como Zaragoza, de escribir como Zarco, de entusiasmar como González Ortega, de creer como Juárez. Esta brillante flora del océano popular trataba de solidificarse, de formar masa con el pueblo, cuyo derecho proclamaba y cuyo porvenir creaba, trataba de convertirse en un grupo nacional transformando el credo de la Reforma, como se decía en todas las tribunas de aquellos años tumultuosos, en la religión política de la Patria; tarde se hubiera logrado, quizás nunca, sin las crisis formidables por la intervención: ella, removiéndolo todo, hizo del sentimiento reformista y el nacional una cosa sola."

¿Qué significaba entonces la derrota de Comonfort en aquella ocasión? Un tropiezo, agregado a otros muchos, y a los que estaban por venir durante los dos años siguientes. Cosa es, simplemente, de considerar que sucedió lo mejor que podía haber sucedido. De haber logrado Comonfort entrar a Puebla, ¿qué hubiera sucedido entonces?

Es difícil fijar las consecuencias. Se jugó una partida difícil en el ajedrez de la guerra y se perdió. De haberse ganado tratándose como se trataba de

un movimiento que no tenía las proporciones definitivas, podía resultar conveniente para las siguientes operaciones, o tal vez consecuencias fatales.

Comonfort se encontraba emotivamente desesperado. Se daba cuenta cabal de que no contaba con los elementos necesarios de hombres y pertrechos de guerra suficientes para enfrentarse en grande escala a un ejército más numeroso, disciplinado, veterano en los menesteres de la guerra, y perfectamente armado.

Pero había sostenido numerosas acciones menores con el enemigo, tratando de distraerlo con el fin de que González Ortega lograra una oportunidad para romper el sitio; pero el invasor contaba con suficientes elementos que le permitían distraer a miles de soldados en combates fuera del cerco de la ciudad, sin descuidar un momento los efectivos que la rodeaban.

A pesar de todo, presionado por sus propios sentimientos de honor y por las opiniones de sus superiores se aventuró a la arriesgada empresa para llevar víveres y pertrechos de guerra a los sitiados con los resultados dichos.

Queda, eso sí bien claro, que las fuerzas al mando de Comonfort no estaban inactivas, "clavadas" en sus posiciones. La mención de cuantos combates sostuvo constan en la correspondencia continua que mantuvo con Juárez y el Ministro de la Guerra.

Se perdió la acción y eso es todo.

Bien conocida es la obra antipatriótica de don Francisco Bulnes, *El Verdadero Juárez*. Antipatriótica porque se vale de sofismas y de lucubraciones estratégicas para tratar de convertir a Juárez en un pobre hombre incapaz de gobernar a México, por su desconocimiento según él de la economía, la administración pública y el arte de la guerra. En estas premisas, adornadas con suposiciones a base de cátedras baratas, después su escritorio, oloroso a rosas recién cortadas, escribe cuanto se le ocurre para denigrar la figura de Juárez, que la opinión pública ha consagrado con el carácter de libertador de la República.

Pero vamos al punto que nos ocupa. Lo de Puebla, en su segunda entrevista guerrera con los invasores franceses. Para Bulnes fue un error encerrarse en Puebla para resistir un sitio, cuando debieron emplearse otros recursos que la táctica aconsejó. Y sin cuidarse de los calificativos tacha al general González Ortega de inepto, toda vez que podía haber seguido una serie de operaciones que al señor Bulnes le parecen más conformes con la situación. Y después de poner verde a González Ortega, como lechuga al alcance de los conejos, no tiene empacho en asegurar que "el Gral. González Ortega poseía cualidades para ser buen General: era valiente, enérgico y sabía mostrar voluntad inflexible".

¿En qué quedamos? El propósito de hablar de lo que no se entiende, o